

CAPÍTULO III

LA TABERNA

La puerta llamada de Blangy, debida á Bouret, se componía de dos anchos pilares almohadillados vermiculares, de cada uno de los cuales sobresalía un perro levantado sobre sus patas traseras y sosteniendo un escudo entre sus manos. La proximidad del pabellón en donde vivía el administrador había dispensado al rentista de construir una portería. Entre estos dos pilares, una suntuosa reja del género de las forjadas en tiempo de Buffón para el Jardín de Plantas, se abría en el extremo de una calle enlosada que conducía á la carretera cantonal, construída y conservada cuidadosamente en otro tiempo por los Aigues y por la casa de Soulanges, y que une á Conches, Cerneux, Blangy y Soulanges con la Ville-aux Fayes, como si fuese una guirnalda, pues esta carretera está sembrada de heredades rodeadas de setos y de casitas con rosales, madresevas y plantas trepadoras.

Allí, á lo largo de una bonita pared que se extendía hasta un salto de lobo, por el que el castillo iba á dar al valle situado al otro lado de Soulanges, se encontraban el madero podrido, la vieja rueda y las estacas para sustentar los hilos, que constituyen la fábrica de un cordelero de aldea.

A eso de las doce y media, en el momento en que Blondet se sentaba en un extremo de la mesa, enfrente del abate Brossette, recibiendo los cariñosos reproches de la condesa, el padre Fourchon y Mosca llegaban á su establecimiento. Desde allí, el padre Fourchon, bajo el pretexto de fabricar cuerdas, vigilaba los Aigues, y podía ver á los dueños cuando entraban y salían. Así es que, con las persianas abiertas, los paseos por parejas, el más pequeño incidente de la vida del castillo, nada se escapaba al espionaje del anciano, que no se había establecido como cordelero hasta tres años antes, circunstancia mínima que ni los guardias de los Aigues, ni los criados, ni los amos, habían observado nunca.

—Da la vuelta por la puerta del Avonne, mientras que yo voy á atar nuestros aparejos, dijo el padre Fourchon, y cuando tú hayas charlado la cosa, sin duda vendrán á buscarme á la Grande-I-Verde, adonde voy á echar un trago, pues el estar mojado de este modo me da sed. Si te atreglas como yo acabo de decirte, les *atraparás* un buen almuerzo; procura hablar á la condesa y sácame á mi á relucir, de modo que les dé la idea de echarme alguno de sus sermones de moral... De ese modo podremos *soplar* algunos vasos de buen vino.

Después de estas últimas instrucciones, que el aspecto de pillo del Mosca hacía casi superfluas, el viejo cordelero, llevando la nutria bajo el brazo, desapareció por la carretera cantonal.

A la mitad del camino de aquella bonita puerta de aldea, se encontraba, en el momento en que Emilio Blondet llegó á los Aigues, una de esas casas que no se ven más que en Francia, en donde la piedra escasea. Los pedazos de ladrillos amontonados por todas partes, los gruesos guijarros engastados como diamantes en una tierra arcillosa que forma sólidos muros, aunque carcomidos, el techo, sostenido por gruesos troncos y cubierto con juncos y paja, las toscas contraventanas, la puerta, todo en aquella cabaña provenía de felices hallazgos ó de dones arrancados á fuerza de ruegos.

El aldeano tiene para su vivienda el instinto que tiene el animal para su nido ó para su madriguera, y este instinto brillaba en todas las disposiciones de aquella cabaña. En primer lugar, la ventana y la puerta miraban al norte. La casa, situada en una pequeña eminencia en el lugar más pedregoso de un terreno de viñas, debía ser saludable. Se subía á ella por tres escalones hábilmente construídos con estacas, con tablas de madera, y rellenos de piedras. Las aguas corrían de este modo rápidamente. Después, como en Borgoña rara vez viene la lluvia del norte, la humedad no podía pudrir los cimientos, por ligeros que fuesen. En la parte baja, á lo largo de un sendero, reinaba una rústica empalizada que iba á unirse á un seto de oxiacanta y de espinos. Una parra, bajo la cual unas malas mesas, acompañadas de groseros bancos, invitaban á los pasajeros á sentarse, cubría con sus ramas y hojas el espacio que separaba aquella cabaña del camino. En el interior, lo más elevado

del declive, ofrecía para adorno rosas, alelías, violetas, todas las flores que no cuestan nada. Una madreseña y un jazmín unían sus tallos en el tejado, cargado ya de musgo, á pesar de su poca antigüedad.

A la derecha de la casa el dueño había adosado un establo para dos vacas. Delante de esta construcción de mala madera, un terreno trillado servía de corral; y, en un rincón, se veía un enorme montón de estiércol. Al otro lado de la casa y de la parra se levantaba un tinglado formado por rastrojos y sostenido por dos troncos de árboles, bajo el cual se ponían los utensilios de los viñadores, las pipas vacías, los haces de leña apilados en torno de la joroba que formaba el horno, cuya boca se abre casi siempre, en la casa de los aldeanos, bajo la campana de la chimenea.

Contigua á la casa había una fanega de tierra, poco más ó menos, cercada por medio de un seto de espinos silvestres y llena de viñas, cuidadas como lo están las de los aldeanos, todas tan bien abonadas, amugronadas y cavadas, que sus pámpanos eran los primeros que reverdecían en tres leguas á la redonda. Algunos árboles, almendros, ciruelos y albaricoqueros mostraban sus delgadas copas esparcidas dentro de esta cerca. Entre las cepas, por regla general, cultivaban patatas ó habas. Hacia la parte de la aldea y detrás del corral, dependía, además de esta casa, un terreno bajo y húmedo favorable para el cultivo de las berzas, de las cebollas, legumbres favoritas de la clase obrera, y esta tierra estaba cerrada por una puerta por la que entraban las vacas amasando el suelo y dejando en el sus desparramadas boñigas.

Esta casa, compuesta de dos piezas en el piso bajo, tenía su salida por el viñedo. De la parte del viñedo, una escalera de madera con pasamano, apoyada en la pared de la casa y cubierta de un tejado de rastrojo, subía hasta el granero, alumbrado por una claraboya. Bajo esta rústica escalera, una bodega, construida toda con ladrillos de Borgoña, contenía algunos depósitos de vino.

Aunque la batería de cocina del aldeano consiste ordinariamente en dos utensilios con los cuales se hace todo, una sartén y un caldero de hierro, por excepción se encontraban en esta cabaña dos enormes cacerolas, colgadas bajo la campana de la chimenea, encima de un pequeño hornillo portátil. A pesar de este síntoma de abundancia, el mobiliario estaba en armonía con el exterior de la casa. Así, para de-

pósito de agua tenían una gran cuba; por cubiertos, unas cucharas de palo ó de estaño, platos de tierra morena por fuera y blanca por dentro, pero cascados todos y arreglados por medio de bracillos de alambre; en fin, en torno de una sólida mesa, sillas de madera blanca, y por piso, la tierra apisonada. Cada cinco años, las paredes recibían una capa de cal, así como las delgadas vigas del techo, de las cuales colgaban tocino, manojos de cebollas, paquetes de velas de sebo, y los sacos en que el aldeano mete los granos; al lado de la artesa, un antiguo armario de viejo nogal guarda la poca ropa, los trajes de muda y los vestidos de fiesta de la familia.

Sobre la campana de la chimenea brillaba un viejo fusil de cazador furtivo que no daríais cinco francos por él: la culata está casi quemada, y el cañón no parece muy limpio. Vosotros pensaréis que la defensa de una miserable cabaña, cuya puerta exterior, practicada en la empalizada, no se cierra nunca, exige esta precaución, y os preguntaréis para qué puede servir semejante arma. En primer lugar, si la culata es sumamente sencilla y tosca, el cañón, escogido con cuidado, proviene de un fusil de precio, dado, sin duda, á algún guardabosque. Así es que el propietario de este fusil no yerra nunca el tiro; existe entre su arma y él el íntimo conocimiento que el obrero tiene de su herramienta. Si es preciso apuntar con el cañón un milímetro por encima ó por debajo del blanco, el cazador furtivo lo sabe y obedece á esta ley sin engañarse. Un oficial de artillería encontraría las partes esenciales del arma en buen estado: nada de más ni de menos. En todo lo que se apropia, en todos aquellos objetos de que tiene que servirse, el aldeano despliega la fuerza conveniente; pone la necesaria y nada más. La perfección exterior no la comprende nunca. Juez infalible de las necesidades en todos los casos, conoce todos los grados de fuerza y sabe, trabajando para el burgués, dar lo menos posible por lo más posible. En fin, este despreciable fusil entra por mucho en la existencia de la familia, y en seguida sabréis cómo.

¿Os habéis fijado bien en esta cabaña, situada á quinientos pasos de la bonita puerta de los Aigues? ¿La veis acurrucada allí como un mendigo delante de un palacio? Pues bien, su techo cargado de aterciopelados musgos, sus gallinas cacareando, su cerdo que se revuelca por el cieno, su ternera

que vaga, todas aquellas poesías campestres tenían un aspecto horrible. A la puerta de la empalizada, una gran estaca elevaba á cierta altura un ramillete marchito, compuesto de tres ramas de pino y unas cuantas de encina, atadas por medio de un trapo. Encima de la puerta, un pintor forastero había pintado, por un almuerzo, en una tabla de dos pies cuadrados, sobre fondo blanco, un I mayúscula en verde, y, para los que saben leer, este equívoco: *A la Grande-I-Verde* (1). A la izquierda de la puerta brillaban los vivos colores de este vulgar cartel: «Buena cerveza de Marzo», en donde, á cada lado de un cantarillo que suelta un chorro de espuma, se ve una mujer con traje excesivamente escotado y un húsar, ambos toscamente pintados. Así es que, á pesar de las flores y del aire de campo, aquella choza exhalaba el fuerte y nauseabundo olor del vino y de la comida de figón que se percibe en París cuando se pasa por delante de los bodegones de los arrabales.

Ya conocéis los lugares. He aquí ahora los seres y su historia, que contiene más de una lección para los filántropos.

El propietario de la Grande-I-Verde, llamado Francisco Tonsard, se recomienda á la atención de los filósofos por la manera como había resuelto el problema de la vida de vagancia y de la vida del trabajo, de modo que hizo esta última nula, y la holgazanería aprovechable.

Obrero en todo, sabía trabajar la tierra, pero para él solo. Para los demás, cavaba fosas, hacía haces de leña, descortezaba los árboles ó los derribaba. En estos trabajos, el burgués está á disposición del obrero. Tonsard debía su rincón de tierra á la generosidad de la señorita Laguerre. Desde los primeros años de su juventud, Tonsard trabajó á jornal para el jardinero del castillo, pues no tenía igual para cortar los árboles de los paseos, los setos y los castaños de la India. Su nombre indica de un modo bastante claro un talento hereditario. En el interior de los campos existen privilegios obtenidos y mantenidos con tanto arte como el que despliegan los comerciantes para atribuirse los suyos. Un día, paseándose, la señora oyó á Tonsard, gallardo muchacho, que decía: «Me bastaría una fanega de tierra para vi-

(1) El equívoco resulta en francés con el doble significado de *A la Grande I Verde* y *Al Gran Invierno*. En efecto, *Grand-I-Vert* tiene, por su pronunciación, ambas significaciones.—(N. del T.)

vir felizmente». Esta buena señora, acostumbrada á hacer á los hombres felices, le dió aquella fanega de viñedo delante de la puerta de Blangy, por cien jornales (¡delicadeza poco comprendida!), permitiéndole que permaneciese en los Aigues, en donde vivió con los criados del castillo que le tenían por el mejor muchacho de Borgoña.

Este pobre Tonsard (así le llamaba todo el mundo) trabajó unos treinta jornales, en lugar de los cien que debía; el resto se lo pasó bromeando y riéndose con las camareras de la señora, y sobre todo con la señorita Cochet, á pesar de que era fea, como lo son todas las camareras de las actrices hermosas. Reirse con la señorita Cochet significaba tantas cosas, que Soudry, el feliz gendarme á que se refería Blondet en su carta, miraba aún á Tonsard de reojo después de veinticinco años. El armario de nogal y la cama, mobiliario del dormitorio, fueron, sin duda, el fruto de alguna *sonrisita*.

Una vez en posesión de su campo, al primero que le dijo que la señora se lo había regalado, Tonsard le respondió: «Lo he adquirido bien comprado y bien pagado. ¿Acaso los burgueses dan nunca nada? ¿Acaso es nada cien jornales? La tierra me cuesta trescientos francos y es toda pedregosa». Este dicho no llegó nunca á hacerse popular.

Entonces Tonsard se construyó él mismo aquella casita, tomando los materiales de aquí y de allá, haciéndose ayudar de uno y de otro, hurtando las cosas de desecho del castillo, ó pidiéndolas y obteniéndolas siempre. Una mala puerta, derribada para colocarla en otro sitio, pasó á ser la del establo. La ventana provenía de un viejo invernadero demolido. Los despojos del castillo sirvieron, pues, para levantar aquella fatal choza.

Salvado del servicio de las armas por Gaubertin, el administrador de los Aigues, cuyo padre era acusador público en el departamento, y que, por otra parte, no podía negar nada á la señorita Cochet, Tonsard se casó tan pronto como su casa quedó terminada y su viña plantada. Muchacho de veintitrés años, muy conocido en los Aigues, este pillo, á quien la señora acababa de dar una fanega de tierra y que parecía trabajador, se dió buena maña para adquirir fama y obtuvo la hija de un cortijero de Ronquerolles, situado al otro lado del bosque de los Aigues.

Este cortijero tenía un cortijo que decaía en sus manos.

Viudo é inconsolable, procuraba, siguiendo la costumbre inglesa, ahogar sus penas en vino; pero cuando no pensó ya en su pobre difunta, se encontró casado con la Bebida, según un dicho de la aldea. En poco tiempo, de cortijero, el suegro se hizo obrero; pero obrero bebedor y holgazán, malvado y pendenciero, capaz de todo, como las gentes del pueblo que, habiendo disfrutado de ciertas comodidades, vuelven á caer en la miseria. Este hombre, á quien sus conocimientos prácticos, la lectura y la escritura, ponían muy por encima de los demás obreros, pero á quien sus vicios rebajaban hasta el nivel de los mendigos, acababa de habérselas, como hemos visto ya, á orillas del Avonne, con uno de los hombres de más chispa de París, en una bucólica olvidada por Virgilio.

El padre Fourchon, maestro de escuela de Blangy en un principio, perdió esta plaza á causa de su mala conducta y de sus ideas sobre la instrucción pública. Ayudaba á los niños á construir barcos y muñecos con sus abecedarios, en lugar de enseñarles á leer; les reñía de un modo tan particular cuando habían hurtado fruta, que sus sermones podían pasar por lecciones sobre el modo de escalar los muros. Aun se cita en Soulanges la respuesta que dió á un muchachito que llegó demasiado tarde y que se excusaba de este modo:

—¡Diantre! señor, he llevado á beber nuestro *chevau* (caballo).

—Se dice *cheval*, *animau!* (animal) (1).

De maestro, fué nombrado peatón. En este empleo, que sirve de retiro á tantos veteranos, el padre Fourchon recibía reprimendas todos los días. Tan pronto se le olvidaban las cartas en la taberna, como se le quedaban en el bolsillo. Cuando estaba borracho, mandaba el paquete de correspondencia de un pueblo á otro, y cuando estaba sereno leía las cartas. Así es que pronto fué destituido. No pudiendo ser nada en el Estado, el padre Fourchon acabó por hacerse fabricante. En el campo los indigentes ejercen una industria cualquiera, todos tienen un pretexto de vida honrada. A la edad de sesenta y ocho años, el anciano se dedicó á la

(1) Los que conozcan el francés verán que la gracia de este dicho estriba en que el maestro incurre en la misma falta gramatical que intenta corregir al alumno.

cordelería, uno de los comercios que exigen menos capital. El taller es, como hemos visto, la primer pared que se encuentra. Las máquinas apenas valen diez francos, y el aprendiz se acuesta, como su amo, en un hórreo, y vive de lo que se gana. La rapacidad de la ley sobre las puertas y sobre las ventanas expira *sub dio*. Se toma la primera materia para devolverla fabricada. Pero la principal renta del padre Fourchon y de su aprendiz Mosca, hijo natural de una de sus hijas naturales, era la caza de las nutrias, y los almuerzos y comidas que les daban la gente que, no sabiendo leer ni escribir, usaba del talento del padre Fourchon cuando había que responder á una carta ó que presentar una cuenta. En fin, sabía tocar el clarinete, y acompañaba á un amigo suyo llamado Vermichel, músico de Soulanges, en las bodas de las aldeas, ó en los días de gran baile en el Tívoli de Soulanges.

Vermichel (1) se llamaba Michel Vert; pero el equívoco formado con el nombre verdadero llegó á hacerse tan general, que en sus actas, Brunet, el alguacil del juzgado de paz de Soulanges, ponía Michel-Jean-Jérôme Vert (a) *Vermichel*, patricio. Vermichel, violin muy distinguido del antiguo regimiento de Borgoña, en agradecimiento á los servicios que le hacía el papá Fourchon, le había procurado aquella plaza de patricio, á la que tienen derecho en el campo los que saben escribir su nombre. El padre Fourchon servía, pues, de patricio ó de testigo en los actos judiciales cuando el señor Brunet iba á instrumentar á los ayuntamientos de Cerneux, Conches y Blangy. Vermichel y Fourchon, unidos por una amistad que contaba veinte años de botella, constituían casi una razón social.

Mosca y Fourchon, unidos por el vicio, como Mentor y Telémaco lo fueron en otro tiempo por la virtud, viajaban como ellos en busca de su padre, *panis angelorum*, únicas palabras latinas que recordaba el viejo lugareño. Iban especulando mezquinamente con los restos de la comida de la Grande-I-Verde y de los castillos circunvecinos; pues entre los dos, en los años de más trabajo, los más prósperos, no habían llegado nunca á fabricar trescientas sesenta brazas de cuerda. En primer lugar, que ningún comerciante,

(1) En francés, *Vermicelle*, que se pronuncia *vermichel*, significa fideo, y de aquí resulta el equívoco.—(N. del T.)

en un radio de veinte leguas, hubiese confiado estopa ni a Fourchon ni á Mosca. El anciano, superando á los milagros de la química moderna, sabía cambiar demasiado bien la estopa por el bendito jugo de la parra. Además, sus triples funciones de escritor público de tres ayuntamientos, patrio del juzgado de paz y tocador de clarinete, dañaban, según decía él, al desarrollo de su comercio.

Así es que Tonsard sufrió un engaño con la esperanza largo tiempo acariciada, de conquistarse una especie de bienestar con el aumento de sus propiedades. El yerno perezoso encontró, por un accidente ordinario, un suegro holgazán. Los asuntos debían ir tanto peor, por cuanto que la Tonsard, dotada de una especie de belleza campestre, buena moza y bien formada, no gustaba mucho de trabajar al aire libre. Tonsard encontró en su mujer la misma falta que en su padre, y la maltrató, cumpliendo esa venganza tan familiar al pueblo, cuyos ojos, preocupados únicamente con el efecto, rara vez procuran encontrar la causa.

Encontrando aquella cadena pesada, la mujer quiso aligerarla, y se valió de los vicios de Tonsard para hacerse dueña de él. Golosa y comodona, alentó la holgazanería y la glotonería de aquel hombre. En un principio supo ganarse el favor de los criados del castillo, sin que Tonsard le reprochase los medios, ni viese nada más que los resultados. Se inquietó muy poco de lo que hacía su mujer, con tal que hiciese todo lo que él deseaba. Esta es la secreta transacción de la mayor parte de las familias. La Tonsard creó, pues, la taberna de la Grande-I-Verde, cuyos primeros consumidores fueron los criados de los Aigues, los guardas y los cazadores.

Gaubertin, el intendente de la señorita Laguerre, uno de los primeros parroquianos de la hermosa Tonsard, le dió algunas pipas de excelente vino para que engolosinase con ellas á los bebedores. El efecto de estos regalos, periódicos mientras el administrador fué soltero, y el renombre que dieron á la belleza de aquella mujer los Don Juanes del valle, acreditaron á la Grande-I-Verde. En su calidad de golosa, la Tonsard llegó á ser una excelente cocinera, y, aunque su talento no se ejercía en los platos que acostumbra á usarse en el campo, como son el guiso de liebre, la salsa á la marinera y las tortillas, pasó en el país por saber cocinar admirablemente una de esas comidas que se

hacen pronto y cuya abundancia de especias excita á beber. En dos años se hizo también dueña de Tonsard, y lo llevó por mal camino, cosa que, por otra parte, no dejaba de ser muy del gusto de éste.

Este pillo cazó furtivamente, sin temer nunca nada. Las relaciones de su mujer con Gaubertin el intendente, con los guardias particulares y con las autoridades campestres, y el abandono propio de aquel tiempo, le aseguraron la impunidad. Tan pronto como sus hijos fueron bastante grandes, los constituyó en instrumentos de su bienestar, sin mostrarse más escrupuloso con sus costumbres que lo era con las de su mujer. Tonsard y su mujer, que vivían al día, hubiesen visto acabar su alegre vida, si no hubiesen mantenido constantemente en su casa la ley casi marcial de trabajar para la conservación de su bienestar, del cual participaba también su familia. Cuando ésta estuvo educada á expensas de aquellos á quienes su mujer sabía arrancar regalos, he aquí cuáles eran los ingresos y el presupuesto de gastos de la Grande-I-Verde.

La anciana madre de Tonsard y sus dos hijas, Catalina y María, iban continuamente al bosque, y volvían dos veces al día cargadas hasta reventar bajo el peso de un haz de leña que les llegaba hasta los talones y que salía dos pies por encima de sus cabezas. Aunque la parte exterior era de leña seca, el interior se componía de madera verde, cortada por lo general de los árboles jóvenes. A decir verdad, Tonsard cogía su leña para el invierno en el bosque de los Aigues. El padre y los dos hijos cazaban de continuo furtivamente. De septiembre á marzo, las liebres, los conejos, las perdices, los tordos, los cervatillos, toda la caza que no se consumía en la taberna, se vendía en Blangy y en el pueblecito de Soulanges, cabeza del cantón, adonde las dos hijas de Tonsard llevaban leche, y de donde traían todos los días noticias, llevando ellas las de los Aigues, de Cerneux y de Conches. Cuando no se podía cazar, los tres Tonsard ponían lazos. Si los lazos producían demasiado, la Tonsard hacía empanadas y las llevaba á vender á la Ville-aux-Fayes. En tiempo de la recolección, los siete Tonsard, á saber, la anciana madre, los dos muchachos, hasta que llegaron á diez y siete años, las dos muchachas, el anciano Fourchon y Mosca, espigaban y amontonaban cerca de diez y seis fanegas diarias, recogiendo cebada,

trigo, centeno y demás granos propios para la molienda.

Las dos vacas, conducidas en un principio por la más joven de las muchachas á lo largo de las carreteras, se escapaban casi siempre á lo largo de los Aigues; pero como al menor delito demasiado flagrante para que el guarda se dispensase de dar parte, los niños eran golpeados ó privados de alguna golosina, habían adquirido una singular habilidad para oír los pasos enemigos, y casi nunca los podía coger el guardabosques ni el guarda de los Aigues. Por otra parte, las relaciones de estos dignos funcionarios con Tonsard y su mujer les ponían una venda en los ojos. Las bestias, conducidas por medio de largas cuerdas, obedecían tanto mejor á cualquier señal de llamada ó á cualquier grito que las llevase al terreno común, por cuanto que sabían que, pasado el peligro, podían acabar su pasto en el prado vecino. La vieja Tonsard, cada vez más débil, había sucedido á Mosca desde que Fourchon tenía en su compañía á su nieto natural, bajo pretexto de cuidar de su educación. María y Catalina cortaban hierba en el bosque. Conocían sitios en donde crece esa hierba tan bonita y tan fina, que ellas cortaban, hencaban, agavillaban y entrojaban; ellas encontraban allí las dos terceras partes del alimento de las vacas en invierno, las cuales, por otra parte, no dejaban de llevar á pacer cuando hacía buen tiempo, á los lugares, conocidos por ellas, en que la hierba reverdece. En ciertos lugares del valle de los Aigues, como en todos los países dominados por cordilleras, como son el Piamonte y la Lombardia, hay terrenos que dan hierba en invierno. Estas praderas, llamadas en Italia *marciti*, tienen un gran valor; pero en Francia necesitan un sitio en que no hiele ni nieve mucho. Este fenómeno se debe sin duda á una disposición particular del terreno, y á las infiltraciones de las aguas que conservan una temperatura templada.

Las dos terneras producían unos ochenta francos. La leche, deducido el tiempo en que las vacas criaban ó parían, daba unos ciento sesenta francos y la cantidad necesaria para la alimentación láctea de la casa. Tonsard ganaba unos cincuenta escudos en jornales hechos en uno y otro lado.

La cocina y el vino vendido daban, después de deducidos todos los gastos, unos cien escudos, pues las merendolas, esencialmente pasajeras, tenían lugar en ciertos días y durante ciertas estaciones; por otra parte, la gente aficionada

á ellas prevenían á la Tonsard y á su marido, los cuales tomaban entonces en el pueblo la carne y las provisiones necesarias para ellas. El vino de la viña de Tonsard estaba vendido á veinte francos el tonel sin envase, á un tabernero de Soulanges con el que Tonsard tenía relaciones. En ciertos años de abundancia, Tonsard recolectaba doce toneles de vino en su fanega de tierra; pero el término medio eran ocho, y Tonsard guardaba la mitad para su tienda. En los países de viñedos, la vendimia da origen á una operación análoga al *espiguelo*. Con esta operación, la familia Tonsard recogía unos tres toneles de vino. Pero apoyándose en esta costumbre, y poco escrupulosa en su modo de proceder, esta familia entraba en las viñas antes de que los vendimiadores hubiesen salido de ellas; del mismo modo que se arrastraban por los campos de trigo cuando los haces, atados ya, esperaban aún los carros para ser cargados. Así es que, los siete ú ocho toneles de vino, ya fuese recolectado ó ya adquirido mediante la operación indicada más arriba, se vendían á buen precio. Pero de esta suma, la Grande-I-Verde tenía que rebajar las pérdidas ocasionadas por el consumo de Tonsard y su mujer, acostumbrados ambos á comer las mejores tajadas y á beber vino mejor que el que vendían, del cual les proveía su colega de Soulanges en pago del suyo. El dinero ganado por esta familia ascendía, pues, á unos novecientos francos, pues engordaban dos cerdos al año, uno para ellos y el otro para vender.

Los obreros y todos los pillos del país tomaron á la larga gran cariño á la taberna de la Grande-I-Verde, tanto á causa de los talentos de la Tonsard, como por la amistad que existía entre aquella familia y toda la gente más baja del valle. Las dos muchachas, ambas extraordinariamente hermosas, continuaban las costumbres de su madre. En fin, la antigüedad de la Grande-I-Verde, que databa de 1795, había hecho de ella una cosa sagrada en el campo. Desde Conches hasta la Ville-aux-Fayes, los aldeanos iban allí á cerrar sus tratos, á saber las noticias adquiridas por las hijas de Tonsard, por Mosca y por Fourchon, y llevadas por Vermichel y por Brunet (el aguacil de más renombre de Soulanges), cuando iba á buscar á su patricio. Allí se establecía el precio de los henos, el de los vinos, el de los jornales y el de las obras á destajo. Tonsard, juez soberano en estas materias, era consultado y bebía y chocaba su vaso

con el de los bebedores. Soulanges, según el dicho del país, pasaba por ser únicamente un pueblo de sociedad, de diversión, y Blangy era la aldea comercial, perjudicada en mucho por el gran centro de la Ville-aux-Fayes, que había pasado á ser en veinticinco años la capital de aquel magnífico valle. El mercado de animales y de granos tenía lugar en la plaza de Blangy, y sus precios servían de pauta en el distrito.

Permaneciendo casi siempre en casa, la Tonsard se conservaba fresca, blanca y regordeta, sin parecerse en esto á las mujeres del campo, que se marchitan tan rápidamente como las flores, y que á los treinta años son ya viejas. Por otra parte, á la Tonsard le gustaba mucho arreglarse. Iba únicamente limpia; pero, en la aldea, aquella limpieza equivale al lujo. Las hijas, mejor vestidas de lo que les permitía su pobreza, seguían el ejemplo de su madre. Bajo su vestido, casi elegante, llevaban ropa más fina que la de las aldeanas más ricas. Los días de fiesta lucían bonitos trajes, ganados Dios sabe cómo. Los criados de los Aigues les daban, á cambio de ciertos favores, la ropa usada de las camareras, la cual, arreglada al uso de María y de Catalina, aparecía triunfante bajo el rótulo de la Grande-I-Verde. Estas dos muchachas, las bohemias del valle, no recibían ni un céntimo de sus padres, que se limitaban á mantenerlas y darles un mal lecho, en compañía de su abuela, en el granero, en donde sus hermanos se acostaban también, agazapados sobre el mismo heno, como animales. Ni el padre ni la madre se preocupaban por aquella promiscuidad.

La edad de hierro y la edad de oro se parecen más de lo que nadie se figura. En la una, no se preocupan por nada; en la otra, se preocupan por todo; para la sociedad el resultado viene á ser el mismo. La presencia de la anciana Tonsard, que parecía más bien una necesidad que una garantía, era una inmoralidad más.

Así es que el abate Brossette, después de haber estudiado las costumbres de sus feligreses, le decía á su obispo estas profundas palabras:

—Monseñor, al ver cómo se apoyan en su miseria, se adivina que estos aldeanos tiemblan ante la idea de perder este pretexto de sus desenfrenadas costumbres.

Aunque todo el mundo supiese los pocos principios y los pocos escrúpulos de aquella familia, nadie criticaba las cos-

tumbres de la Grande-I-Verde. Antes de pasar adelante, es preciso decir de una vez para siempre á la gente acostumbrada á la moralidad de las costumbres de la clase media, que los aldeanos, en materia de costumbres domésticas, no tienen delicadeza alguna. Si llegan á seducirles alguna hija, no invocan nunca á la moral, á no ser en el caso de que el seductor sea rico y tímido. Los hijos, hasta que el Estado se los arranca, son capitales ó instrumentos de bienestar. Desde 1789, sobre todo, el interés ha pasado á ser el único móvil de sus ideas; nunca tratan de saber si una acción es legal ó inmoral, y sí únicamente si es aprovechable. La moralidad, que es preciso no confundir con la religión, empieza en las comodidades; como se ve, en la esfera superior, la delicadeza florece en el alma cuando la fortuna ha dorado el mobiliario. El hombre absolutamente probo y moral, es una excepción entre los aldeanos. Los curiosos preguntarán por qué. De todas las razones que pueden darse de este estado de cosas, la principal es la siguiente: por la naturaleza de sus funciones sociales, los aldeanos hacen una vida puramente material, que se parece al estado salvaje, al cual les invita su unión constante con la naturaleza. Cuando el trabajo ha anonadado el cuerpo, quita al pensamiento su acción purificante, sobre todo entre la gente ignorante. En una palabra, para los aldeanos, su miseria es su *razón de Estado*, como decía el abate Brossette.

Mezclado en todos los intereses, Tonsard escuchaba las quejas de todos y dirigía los fraudes útiles á los necesitados. La mujer, buena persona en apariencia, favorecía con su lengua á los malhechores del país, y no negaba nunca ni su aprobación ni su ayuda á sus parroquianos, con tal que éstos trataran de obrar contra los burgueses. En esta taberna, verdadero nido de víboras, se mantenía, pues, vivo y venenoso, ardiente y palpitante, el odio del proletario y del aldeano, contra el señor y el rico.

La vida feliz de los Tonsard era un mal ejemplo. Todos se preguntaron por qué no habían de coger, como Tonsard, en el bosque de los Aigues, la leña para el horno, para la cocina y para calentarse en el invierno. Por qué no buscar alimento para una vaca y encontrar, como ellos, caza para comer ó para vender. Por qué, como ellos, no recolectar, sin sembrar, granos y uva. Así es que el robo á hurtadillas, que devasta los bosques y que diezma los barbechos, las

praderas y las viñas, se hizo general en aquel valle, y pronto degeneró en derecho en los ayuntamientos de Blangy, de Conches y de Corneux, por los cuales se extendía el dominio de los Aigues. Esta plaga, por razones que se explicarán en tiempo y lugar oportuno, hirió mucho más á la tierra de los Aigues que á los bienes de Ronquerolles y de Soulanges. Por lo demás, no creáis que Tonsard, su mujer, sus hijos y su anciana madre se hubiesen dicho nunca con deliberado propósito: «Viviremos de robos y los cometeremos con habilidad». Estas costumbres habían ido tomando vuelo lentamente. Con la leña seca, la familia mezcló un poco de leña verde; después, envalentonada con el hábito y con la impunidad calculada, necesaria para los planes en que se basa este relato, en veinte años habían llegado á crear el bosque suyo y á robar en él toda su vida. El pasto de las vacas, los abusos bajo pretexto de recoger los despojos de la recolección y de la vendimia se establecieron así gradualmente. Una vez que la familia y los holgazanes del valle gustaron de los beneficios de estos cuatro derechos conquistados por los pobres del campo, y que llegan hasta el pillaje, se concibe que los aldeanos no pudiesen renunciar á ellos, á no ser obligados por una fuerza superior á su audacia.

En el momento en que empieza esta historia, Tonsard de unos cincuenta años de edad, hombre robusto y de elevada estatura, más bien gordo que delgado, con los cabellos crespos y negros, tez rojiza, jaspeada de tonos violáceos como si fuese un ladrillo, ojos anaranjados, orejas gachas y muy rebordeadas, de una constitución musculosa, pero dotado de carne fofa y engañosa, la frente deprimida, el labio inferior caído, ocultaba su verdadero carácter bajo una estupidez entremezclada con los vestigios de una experiencia que semejaba tanto más al talento, por cuanto que la había adquirido rozándose con su suegro, un hablador ocurrente y bromista, para emplear una expresión propia del diccionario de Vermichel y Fourchon. Su nariz, aplastada por la punta como si el dedo de Dios hubiese querido señalarle, le daba una voz gangosa, propia de todos aquellos á quienes la enfermedad ha desfigurado interrumpiéndoles la comunicación de las fosas nasales, por donde el aire pasa entonces penosamente. Sus dientes de arriba, entrecruzados, dejaban ver tanto mejor este defecto, terrible

según dice Lavater, por cuanto que ofrecían la blancura de los de un perro. Sin la salvaje candidez del holgazán y el abandono del bebedor del campo, este hombre hubiese asustado á las gentes perspicaces.

Si el retrato de Tonsard, si la descripción de su taberna y la de su suegro aparecen en primera línea, no dudéis que esta preferencia es debida al hombre, á la taberna y á la familia. En primer lugar, aquella existencia tan minuciosamente detallada, es el tipo de la que hacen otras cien familias del valle de los Aigues. Además, Tonsard, aunque no fué más que el instrumento de los odios activos y profundos, tuvo una influencia enorme en la batalla que tenía que librarse, pues fué el consejero de todos los descontentos de la clase baja. Como vamos á ver enseguida, su taberna sirvió constantemente de punto de cita á los asaltadores, cuyo jefe llegó á ser, á causa del terror que inspiraba en aquel valle, más bien por lo que se esperaba siempre de él, que por lo de sus acciones. Como las amenazas de este cazador furtivo eran tan temibles como el hecho mismo, nunca tuvo necesidad de ejecutar ninguna.

Toda revolución, abierta ú oculta, tiene su bandera. La bandera de los merodeadores, de los holgazanes y de los bebedores era la terrible estaca que sustentaba el letrero de la Grande-I-Verde. Allí había diversión, y esto es cosa tan buscada y tan rara en el campo como en la ciudad. En una extensión de cuatro leguas de la carretera cantonal no se encontraban posadas; así es que todos los que iban de Conches á Ville-aux-Fayes se detenían en la Grande-I-Verde, aunque sólo fuese para tomar un refresco. En fin, el molinero de los Aigues, teniente alcalde, y sus hijos, iban allí. Los mismos criados del general no desdeñaban tampoco aquel tugurio, al cual daban atractivo las hijas de Tonsard; de suerte que la Grande-I-Verde se comunicaba subterráneamente con el castillo por medio de los criados, y podía saber todo lo que ellos sabían. Ni con beneficios, ni con dádivas, es posible romper la concordia eterna que existe entre el criado y el pueblo. La librea sale del pueblo y le permanece adicta. Este funesto compañerismo explica la reticencia que contenía la última palabra dicha, en la escalinata exterior, á Blondet, por Carlos el lacayo.